

# Pregón Octubre 2013



Antonio J. Guillaume Sepúlveda

5-10-2013



REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

**TEXTO DEL PREGÓN QUE LA REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD OFRECE A SU EXCELSO TITULAR EN EL CILO CONMEMORATIVO DEL LXXV ANIVERSARIO REFUNDACIONAL.**

**Lugar:** Parroquia San Francisco y San Eulogio de Córdoba.

**Fecha:** 5 de octubre de 2013

**Presentador:** Fernando Jesús Guillaume Sepúlveda.

**Pregonero:** D. Antonio Javier Guillaume Sepúlveda.

Queridos Hermano Mayor, Junta de Gobierno y Comisión del aniversario, gracias por vuestra confianza.

Queridos hermanos de la Cofradía y devotos del Señor de la Caridad, gracias por vuestra compañía.

Estimadas autoridades, gracias por vuestra presencia.

Querida familia y amigos, gracias por vuestro cariño.

Querido Fernando, gracias por todo lo anterior y por tu lealtad. No es fácil presentar a quien mejor se conoce disimulando lo menos agradable de uno. Sólo puedo pedirle al Señor que te lo premie a ti, y me permita agradecerlo a mí, dándonos mucha vida para que podamos seguir siendo pareja de cirio cada Jueves Santo.

1. A MITAD DE CAMINO

A tus cinco llagas, Señor  
confío mi humilde ofrenda,  
condúceme en esta senda  
que recorro por tu honor.  
Para ser tu servidor  
te necesito a diario;  
anda Tú mi itinerario  
de abandonos y caídas,  
o ando yo por mis heridas  
a tu lado en el calvario.  
A tus cinco llagas, Señor,  
encomiendo este camino;  
alúmbrame si no atino  
a pregonarte mejor.  
Para saldar el valor  
de esta humana dignidad



**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

me basta la gratuidad  
del amor con que me pagas  
Señor de las cinco llagas,  
Señor de la Caridad.

Aquí viene un chiquillo de esclavina al que hoy revestís de acólito de la voz, con su cestillo de rimas inocentes; un cargador con el ánimo vuelto del revés al verse convertido en capataz de este recorrido de la memoria, cambiando sus entrañas de costal por un llamador de incertidumbres; un nazareno a quien habéis sacado de conversarle sus adentros al cirio para convertirlo en prioste, canjeándole su asidero de luz por un Palermo de palabras. No es fácil vencer el hábito de cumplir desde la fila, envuelto en la usanza de no avanzar más de lo preciso. Con todos sus miedos, entre el aturdimiento del encargo y las dudas de la víspera, aquí viene el Pregonero a entreabriros el portón del tiempo.

Al modo humano se señalan en rojo las cifras redondas que el tiempo alcanza silencioso, sea para la mayoría de edad de un muchacho o las bodas de oro de unos esposos. Y en ese modo hoy levantamos la penúltima hoja del almanaque por el aniversario que nos aguarda, sponsal de diamante de nuestra Cofradía, reestreno de gozo fundacional, amanecer de año jubilar de la gratitud, como una meta volante en la Historia, que sólo tiene sentido si es vivida, no basta con que sea conmemorada. Hoy destapamos el arcón de los años pasados, con sus estampas de familia junto a un altar de cultos, acompasando las edades a los latidos de liberación en el dobladillo de una túnica; con sus fotos blanquinegras vistiendo la casa de Hermandad, como manillas de reloj marcando el pulso de nuestro caminar más cercano. Hoy abrimos de par en par el archivo del recuerdo, recontando en las escrituras de los instantes vividos tantas esperanzas disfrutadas, tantas necesidades encarnadas, tanta Caridad compartida. Hoy descorremos el velo de la memoria, honrando en el recuerdo a quienes primero anduvieron nuestra senda, quienes nos antecedieron velando las cinco llagas del Amor de Cristo. Hoy cruzamos de nuevo el cancel, a mitad de camino entre dos Jueves Santos, sin túnica ni atributos, para pregonarle a Córdoba que haremos parada en siete décadas y media de gracia. Hoy comenzamos a celebrar que la Real Hermandad y Cofradía del Señor de la Caridad cumple setenta y cinco años de su refundación.

Bendito sea Dios que nos dio esta Cofradía para hacernos santos.

## 2. UNA HISTORIA DE AMOR

El pregonero está convencido de que nada es casual; no lo es que esta convocatoria preliminar del aniversario que se acerca se enmarque en la fiesta de San Francisco, titular de nuestra parroquia; como no lo es que, mucho más allá de la heráldica real que lucen nuestros pendones y estandartes, resplandezca en toda la Cofradía el símbolo franciscano de las cinco llagas de Jesucristo, el mismo escudo que corona el dintel del que fuera Hospital de la Santa Caridad, y también el mismo que culmina hoy el arco de



**REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

acceso a nuestra capilla, como emblema inconfundible del amor inabarcable de Quien se nos dio en la cruz, como memoria perenne del precio de nuestra salvación.

Nada es casual; no lo es que, adormecida durante décadas la permanencia de la antigua Cofradía, los refundadores decidiesen escalar por la yedra del tiempo hasta alcanzar el mismo suelo sobre el que durante cinco siglos se encarnó el voto primitivo del mandato evangélico *“cuando hicisteis con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hicisteis”*.

Nada es casual; no lo es que, recién terminada la contienda que nos rompió por mitad, fuese el más dulce de los nombres del amor, la Caridad, el que enlazase el tiempo antiguo con el nuevo, ni lo es que se vierta a Córdoba el día preciso del amor fraterno, ni lo es que inunde su travesía procesional de escolta de clavel y cirio sangrantes, velatorio sacramental y callejero derramado mientras la capilla del sagrario custodia la presencia única de esa misma Caridad entregada.

Nada es casual, no lo es que la Imagen portentosa de una muerte serena de Cristo sea la auténtica ligazón que nos queda entre la veja Cofradía que fue y la que sigue siendo, la luminaria que mantiene encendida la fe por la que cada año damos testimonio penitencial, blasón de la redención prometida, receptáculo de siglos de oraciones.

Nada de todo esto es casual; y tampoco lo es nuestra propia pertenencia a la Cofradía. Desengañaos, que no fue vuestra devoción, ni la vecindad del barrio, ni la tradición familiar, ni una amistad oportuna quien os trajo junto al Señor de la Caridad. Dejaos moldear el alma, silenciad el ánimo y sentiréis en vuestro pulso la transcripción fiel de la escritura: *“antes de haberte formado yo en el vientre, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado”*. Esta es nuestra verdadera Historia; mucho más que una Historia gloriosa, la nuestra es una historia que arranca en el designio libérrimo de Dios por acercarnos al misterio insondable de su amor absoluto: *“tanto amó Dios al mundo que envió a su único Hijo”*. Realmente la nuestra es una historia de amor, la historia colectiva de la Cofradía que nació en el crepúsculo medieval y renació terciado el siglo pasado, la Cofradía que somos hoy; y también la historia personal de cada uno de nosotros edificada sobre el encuentro íntimo con el crucificado.

Mirad sólo la crónica de los siglos para buscar el prodigio del espíritu fundacional, porque sólo así hallaréis el testimonio primero de esa historia de amor entre Dios y la Cofradía, nombrada en su soltería como la hermandad de la limosna de los pobres, prometida como la Cofradía de la Caridad de los pobres, y desposada como la Santa Caridad de Jesucristo; que levantó el socorro de desvalidos y el consuelo de moribundos; que floreció en la procura de la hospitalidad precisa para la asistencia a los enfermos; que anduvo junto al séquito callejero de los seises recogiendo en el arca de la Caridad la limosna para los necesitados; que germinó en la piedad última para el enterramiento de ajusticiados y extranjeros; que amasó la dote que sostuviera huérfanos y socorriera niños expósitos, que apalabrarse el casamiento de huérfanas y mantuviese viudas, que abriese a los barrios la frontera generosa para el alimento de los pobres.



**REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Y para servidumbre de tal torrente de obras de caridad, la pujanza material en abundancia de herencias y legados, en profusión de donaciones, en caudal de casas, tierras y rentas; en colación de patronatos y obras pías; en levantamiento cenital del Hospital en el Potro; asilo último para el enterramiento de los cofrades y suelo de sepultura para los asistidos; en auxilio diligente para socorrer más obras hospitalarias de la ciudad o para la encomienda que impidiese la extinción de hospitales menores y fundaciones particulares.

Después llegaría el patrocinio mundano de la protección regia, estableciendo privilegios y otorgando prerrogativas; concediendo cédulas reales; prohibiendo primero perturbar a los cofrades en las mandas y limosnas a favor de los pobres; eximiendo luego al hermano mayor del servicio de armas; autorizando el rescate de cristianos cautivos en tierra de moros; purificando la nómina de la Cofradía con el sometimiento al precepto de la limpieza de sangre, ya fuesen plebeyos, clérigos, nobles o reyes; ganando el favor regio en merced de rentas perpetuas; convocando la conragación frondosa de linajes y grandezas.

Y en el pilar de la fundación, la inspiración franciscana, el amparo de las bulas pontificas y el abrigo episcopal autorizando capilla mayor, otorgando beneplácito para tener sagrario con el Santísimo y la extremaunción para los enfermos; concediendo licencia para celebrar misas y oficios; confiriendo derecho de nombrar y cesar capellanes...; hasta colmar el bálsamo espiritual con la Imagen prodigiosa del Señor, arribada en pago de sufragios.

Anduvieron así las generaciones hasta el tiempo de la penumbra, en que nos despojaron de nuestra fortuna y sólo quedó del fuego glorioso de antaño el rescoldo íntimo de la contemplación al Crucificado. Y nuestra historia de amor se contuvo en la vasija frágil del culto, sostenida por la sola devoción al Cristo llagado del antiguo convento, como el amor de unos esposos que al atardecer la vida sólo se tienen a sí mismos.

A fuerza de piedad perduró el amor y recobraron vida las estampas figuradas desde antiguo, reabriendo el álbum al atardecer de 1939, a golpe de ilusiones por la inspiración espiritual de Don Félix Romero, hasta alcanzar el cabildo primero que restaurase hermano mayor en Antonio Priego Gómez; por su oficio de primer servidor del tiempo nuevo, la Cofradía rescató la legitimidad histórica de su ser; de su mano atracó en nuestro puerto la Imagen sublime del Stabat Mater de María, instaurando desde entonces su corte de damas camareras.

Se renovó la devoción y volvió a amanecer la Cofradía esposa, estrenando su romance de crucificado en mañanas de Domingo de Ramos, proclamándose a Córdoba que el tiempo de la penitencia sólo sería dulce junto al manantial de las cinco llagas; y sirvió para su Amado del Jueves Santo el banquete perenne de las juntas de beneficencia que repartiesen entre los necesitados el fruto de las reglas: un cuarto del caudal anual, más colecta y donativos; y se engalanó para honrar a su Señor en aquellas tardes de Viernes



**REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Santo, cincelando su ajuar en lujos de orfebrería y revistiéndose en prodigio de las Adoratrices.

En el sucederse de los días, renovó la Cofradía su voto de obediencia al mandato de la caridad, contando por miles el alimento y abrigo de los pobres, ganando para ello el favor de los pudientes, tributando socorro al asilo parroquial, postulando ayudas en el gabinete fugaz de las mesas petitorias, sosteniendo becas del seminario, canjeando clases escolares por catequesis de verano, cosechando generosidades para la escasez misionera, recaudando kilos que nutriesen esperanzas.

Y preparó su morada de devoción en la que fuera la Capilla del Cristo del Museo, hoy Capilla del sagrario, soñando nuevos Jueves Santos desde la calle de la Plata o desde la estancia del claustro, desde el hogar parroquial o desde el alojamiento final del Compás.

Y fue celebrando aniversarios en arquitectura majestuosa de Cristo entronizado, en dosel añejo de damasco sobre aprisco de jarras y candeleros, o en cercanía efímera de besapiés para la devoción palpada; consumió sus mejores horas honrando a su Señor en la presencia descendida de los quinaros, convocando al alimento de las fiestas de regla, retornando a la cadencia cotidiana de los jueves del año, arrodillándose ante el Santísimo en anochecidas de adoración, ejercitando el alma ante las cinco llagas. Vendrían por ello una pléyade de predicadores a ofrecer su magisterio, apurando la dispensa concedida por la Cofradía ante el oficio siempre leal de Don Francisco Gálvez.

Nunca sería bastante tanta ofrenda; hubo que salir a predicar el recorrido que conduce a la cruz, y la Cofradía escaló por la Vía Sacra cada Viernes Santo, invocando la escolta del Gran Capitán, aprendiendo que la gloria se gana dando la vida hasta el fin. La estampa de la Cofradía se moldeó, estrenando para la memoria la lámina inconfundible de los caballeros de la Legión rindiendo honores a la rigidez de la muerte en vísperas de procesión, honrando sobre los hombros, estación a estación la verdad absoluta de la vida entregada, recorriendo hasta la Catedral la senda de la existencia merecida sólo por una muerte consagrada; hasta perpetuar la alianza entre hermanos en el signo inconfundible del guion del Tercio.

Para entonces la Cofradía ya se había tornado en Hermandad, acompasando su caminar a la vivencia doméstica de la devoción; el Espíritu insufló juventud y llegó la ofrenda de una mecida de costal que sacudiese bendiciones desde el paso, a la voz del inconfundible de Rafael del Olmo; y la mujer recuperó la licencia de vestir la túnica el Jueves Santo; y se solemnizaron las bodas de oro del Quinto Centenario de la Caridad de Cristo, renombrada para la ocasión en la pila bautismal del Alcázar como la *“Hermandad del Descubrimiento”*; y se reunieron los saberes para aclamar la devoción en los pregones de la Cofradía, cuyo primerregonero fue mi padre; y se sucedieron honores y reconocimientos en merecido premio de lealtades, intercesiones y cercanías.



**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Discurrió el tiempo y fue el tiempo quien nos probó la fe, haciéndonos padecer la dolorosa desnudez de la talla descarnada del Señor. La Cofradía veló impaciente a la cabecera del Cristo el veredicto de la sanación esperada en las manos de Miguel Arjona; fue la única ocasión en que nos echamos a la calle para expurgar los bolsillos sin ofrecer el fruto a los necesitados.

Sólo Tú, Señor, conoces cuán colmado está el cántaro de los desvelos de la Cofradía. Tanto los que se cumplieron, como los que nutren el anecdotario de los años recorrido, como aquella vez que el precio de la estética te pretendió disputar tu cruz de retablo por una cruz arbórea; o aquella ocasión en que unos tratos de amistad idearon acercarte una Virgen de América, con su cortejo de túnicas negras y cubrerrostros verdes; o aquella otra en que el sentido común nos convenció de la inabarcable pretensión de redoblar la Cofradía con un tramo de palio; o aquel año en que te ofrecimos un Vía Crucis a ritmo de costal en desagravio por el aguacero del Jueves Santo...

Fueron siempre ilusiones de devoción, propósitos hilvanados por la veneración que sembraste en cuantos anduvieron contigo su parte de trecho viviendo esta historia de amor: desde el mandato de gobierno a la sencillez de la sola túnica de penitencia; desde la dedicación saliente de los preparativos a la laboriosidad anónima de la beneficencia; desde el servicio de la asistencia espiritual al oficio impagable de la cuadrilla. Todos fueron protagonistas de nuestra historia, en sus manos blandieron el arsenal de buenas obras que mantuvo vivo este romance; aun siéndole inabarcable a este Pregonero la vasta nómina de tus servidores, sus nombres nos resuenan hoy en el recuerdo.

Por tantas manos que dieron  
su testimonio de amor,  
por tantas almas, Señor,  
que tanta fe te ofrecieron,  
por tantos que te sirvieron  
vaciando en ti su desvelo,  
por tanta entrega en anhelo  
de ganarte el corazón...,  
prémiales la devoción  
y acógelos en el Cielo.

### 3. DOLOROSA

Ella es la auténtica matriarca de esta historia nueva; para quienes la memoria no nos alcanza a más de la mitad de este camino reciente, Ella siempre ha estado presente, con su sola estampa de luto antiguo, de hábito conventual, ajena a elegancias y distinciones, tan humilde, tan sencilla, tan austera; lacrimosa, doliente, afligida, con el corazón atravesado por el mayor dolor, esa presencia contiene el ejercicio más sublime de adoración a la cruz.





**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Basta la sola perfección de sus mejillas para cortar el aire con el surco de su llanto; sin que precise más esplendor que el reflejo delicado de su rostro; sin que en Ella se echen en falta vestiduras doradas, ni filigranas de bordado; sin que le sean necesarios los honores de un palio ni el destello rutilante de una candelería; sin que se requieran alhajas que la adornen ni preseas que la coronen, porque Ella misma es tesoro divino contenido en la pedrería de su mirada, ese océano de profundidad que brota en los manantiales de sus ojos, esa fuente de luminosa intimidad que ataja la penumbra del dolor por un amor recién muerto.

Y el tiempo se arrodilla ante Ti, Señora, para envolver de silencio el claustro sobrio de tu recogimiento. Al latido de un rezo, todo ruido es un murmullo lejano en tu presencia, sea en la quietud de la capilla, en el bullicio de la calle o entre redobles del cortejo. En torno tuyo callan los himnos, enmudece el Cielo y golpea el pensamiento un único escalofrío: Stabat Mater Dolorosa. Quieres estar Tú con Él, en esa soledad perenne de retablo, en la dulce cercanía de ese hueco privilegiado, en la melancolía de esa misma distancia junto a la cuna de Belén.

Por eso siempre se nos resiste la amargura que te arde en el alma al vernos vaciarte de su compañía cada Viernes Santo, anticipo de tu soledad plena, preludeo de su ausencia, precio con que pagas el memorial merecido a la grandeza de la entrega por el camino hasta la cruz; y también se nos resiste tu tristeza en estos años en que, mediado septiembre, volvemos a alejarte de Él por mérito de una tímida ofrenda anocheada, velando junto a ti los dolores del Rosario, el acto de piedad con el que la Cofradía te hace justicia.

En estas décadas de devoción no nos atrevimos siquiera a pronunciarte, nos acostumbramos a que te nombraran como la Dolorosa del Señor de la Caridad. Renunciamos a hurgar en la imaginación buscando el motivo certero para invocarte; nos convencimos de que las manos benditas que besaron tu talla habían concentrado en ti todas las letanías. Y decidimos aclamarte con tu mismo silencio, adivinando así la palabra que llevas ahogada en el trémulo temblor de tus labios. Desde lo hondo del alma no podía salirnos un nombre, porque nunca habría sido natural llamarte de otro modo que no fuese Madre mía.

No me hizo falta nombrarte  
para empezar a quererte,  
sólo me bastó ofrecerte  
mi corazón al rezarte.  
Tan sólo fue contemplarte  
y comenzaste a salvarme,  
pues me pediste quedarme  
para mejor conocerme,  
y, siendo yo de perderme,





**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

viniste siempre a buscarme.  
¿Qué nombre voy a ponerte,  
Soberana de mis días,  
Madre de mis alegrías,  
Compañera de mi suerte?  
¿Cómo, Señora, yo acierte  
para poderte llamar?  
¿Cómo te voy a nombrar,  
entre cien advocaciones,  
si tengo aún más razones  
para quererte rezar?  
¿... si me basta contemplar  
en tus ojos la ternura?  
¿... si sólo por tu amargura  
vengo a tu lado a velar?  
¿... si sola Tú eres altar  
para encontrar mi consuelo?  
¿... si siempre me abres el Cielo  
con la seda de tus manos?  
¿... si me haces a Dios cercano,  
si te hiciste mi modelo?  
¿... si me basta ver tu pecho  
traspasado de dolores,  
viendo en él los mil errores  
de mi deambular desechado?  
¿... si te conviertes en techo  
de mi plegaría sencilla?  
¿... so me bastan tus mejillas  
para hacerme costalero  
y, arrimado a tu costero,  
poder alzar tus rodillas?  
¿Cómo te voy a nombrar,  
si me sobran mil motivos  
sólo para estar contigo,  
para quererte abrazar?  
Me bastar Tú para andar  
por la senda de los días.  
Me bastan tu compañía  
y tu luz que siempre asombre,  
sin detenerme en tu nombre,  
Virgen sagrada, María.



**REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

#### 4. TARDE DE ADORACIÓN

Cada Jueves Santo una luz reticente desliza la tarde inundando el Compás —Tres jueves hay en el año...—. Y la atardecida comienza a rociar la plazuela con salpicaduras de rojo brillante, cada vez más abundantes hasta verter en la plaza un reguero de Cofradía empapada de Caridad, al pie mismo de San Fernando, que aguarda el momento preciso para conceder su venia de entrada.

Antes siquiera de que la Cofradía traspase el muro, Cristo ya ha procesionado el Jueves Santo, auténticamente presente camino del Monumento para la vigilia de adoración. Acaba el memorial de la Cena del Señor, Cristo mismo entregado en su carne y en su sangre para cumplir su promesa *“yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”*. Hemos sido rescatados al mayor precio, partido en el pan y rociado en el vino inaugurando el sacramento del amor. Sabed bien que la antigua Cofradía ordenó en sus reglas el deber de trasladar el Santísimo al Monumento el Jueves Santo, ¡Qué gran ocasión tendríamos hoy para revestir de mayor autenticidad la estación de penitencia si nos convocásemos al oficio de vísperas del Jueves Santo, recibiendo el Cuerpo y la Sangre de Cristo recién estrenada en la eucaristía!

La distancia que media del Jesús eucarístico al Señor de la Caridad es un camino de pasión; pero el día del amor fraterno nos sabemos una Cofradía privilegiada, porque Dios nos ha liberado del tormento de Getsemaní; de la traición del discípulo; de los empujones hasta los palacios de los gerifaltes; del bofetón del sayón; del desprecio del pueblo; de la humillación de la condena a muerte; de la burla vestida de golpes y salivazos; del fuego de la flagelación y el hielo de los espinos; de la crudeza del madero cargado sobre los hombros; de las caídas camino del Gólgota y la extenuación del cuerpo; de los martillazos taladrando manos y pies; de la agonía en la hora última; del lienzo tenebroso que cubrió la tierra al cumplirse todo; de la prueba de muerte de la lanzada... Dios nos ha concedido la gracia de saltarnos el tiempo de lo horrible, para poder centrar el alma sólo en el amor, para sólo contemplar la muerte serena del que se dio hasta el fin, para ser discípulos amados desde las aceras, en un sendero sencillo de cera, en esa prudente distancia de quien se dio hasta el fin, para ser discípulos amados desde las aceras, en un sendero sencillo de cera, en esa prudente distancia de quien se sabe indigno de venerar la muerte dulce del Señor.

Junto al pan de vida presente en la capilla del sagrario, se yergue la carne tallada del Cristo llamando a la adoración. Es el momento de quedarse allí, junto al pedestal del leño salvador, en la intimidad de una plegaria de acción de gracias, de la promesa por cumplir, en el recogimiento ante Quien nunca falla en los trances difíciles. El tiempo se ha detenido en la sola contemplación, ahogando el murmullo de los preparativos; sin advertir siquiera que los cubrerrostros se elevan ya en bosque de lanceros rojos, una oración común anuncia el comienzo del testimonio de fe en la calle, allí donde se consuma la proclamación del misterio de la Caridad entregada.



**REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Se entreabre el cancel y una luz imprecisa invade la iglesia. Principia el tránsito pausando del cortejo con todo su esplendor, en cascada de plata derramada desde al cruz primera, cruz de guía que alumbra desde el inicio el anuncio de la salvación por el signo de la fe; en derroche de sedas y tisúes trenzados de oro colgantes de las bocinas, proclamación del misterio sublime de la entrega; en ofrenda de mazas y pértigas, de bastones e insignias rindiendo honores a la Majestad suprema de la cruz; en laberinto de banderas y pendones, evocación de las grandezas que crecieron en nobleza bebiendo en las entrañas de la Caridad de Cristo; en caudal de cruces orladas de espinas, atravesadas por el inacabable signo de las cinco llagas; en manantial de túnicas y capas negras, perenne ropaje humano revistiendo la oscuridad opaca de la penitencia, pero rociada por el manantial vivificador de los cubrerrostros sangrantes, emblema precioso de la salvación; en metáfora de cíngulos rojinegros ciñendo la cintura con la unión franciscana de la muerte y de la vida; en reguero de cera roja deslizada en lágrimas de plegaria y riesgo de devoción nazarena; en abundancia de brumas incensando el altar peregrino del árbol; en recital de escenas de pasión cinceladas para abrazar el paso del Señor; en océano de clavel ofrecido bañando el suelo del altar itinerante del Amor de los amores. Todo en perfecta armonía de la gloria labrada durante más de cinco siglos sirviendo al prójimo desvalido; todo en concierto de elegancias rendidas ante los cinco surtidores que obraron la redención; todo en equilibrio de dignidades postradas ante el señorío del mandamiento único, enmienda precisa para la vanidad humana, ante Quien no cabe el engrimiento de las presidencias, ni la soberbia de los protagonismos.

La propia Cofradía en la calle es una aclamación a la Caridad; la contemplación de su andar rememora, al modo cofrade, el himno de san Pablo: *“ya podríamos tener las bordaduras más vistosas, la orfebrería más rica, la Historia más añeja; ya podríamos atesorar la elegancia más exquisita, las Imágenes más conmovedoras...; si no tenemos Caridad, nada somos”*.

Antes de que el entendimiento descifre este enigma, la propia razón no alcanzará a comprender el misterio que permite a la talla portentosa del Crucificado cruzar el dintel. Y el milagro se consuma en una maniobra susurrada, de aliento contenido, de vaivén dulce acunando la esperanza de una muerte dormida no más allá de tres días; y a un golpe seco, los pulsos saltan al cielo y el ánimo de la muchedumbre rasga el silencio: y se desborda la tarde al toque peculiar del Tercio invadiendo la brisa con su resonancia única de marcha real. Vuelve el Cristo de la Caridad a la certeza de sus esencias, reencontrada en los primeros naranjos del Compás, que es la sala regia de las audiencias del Jueves Santo; vuelve, más bien, el Señor de San Francisco inundando al vecindario de bendiciones, ahuyentando la espesura de la pasión recorrida, porque en el día del amor fraterno no cabe en el aire una estampa doliente de Cristo, sino sólo la mirada conmovida ante el Señor del amor.

Atravesando el portón del arco de la Axerquía, la Caridad de la cruz enfila con su séquito por el camino de la certeza invocada en los azahares cercanos del Rey conquistados, por



**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

el sendero de la calle San Fernando que preludia el reencuentro con la semilla hospitalaria de la Cofradía. Allí mismo San Rafael vigila que sus servidores no dejen de reclamar la fuente en que brotó su ser; allí mismo vuelve a alzarse la capilla fugaz del Señor impartiendo gracias, sanando dolencias, preparando moribundos; allí mismo vuelve el Cristo a restablecer su corte breve recibiendo oraciones, acogiendo ofrendas, concediendo indulgencias. La Caridad de Cristo en la calle tiene uno de sus sentidos por el memorial escenificado de su origen hospitalario allí mismo donde la Cofradía comenzó a hacer carne el Evangelio.

Habrà luego ocasi3n de repetir el derroche de bendiciones por las calles del centro de la ciudad hasta cumplir el protocolo del recorrido; como ocurri3 tantos a3os salvando las estrechuras que aguardaban junto a San Miguel, por San Zoilo o Barqueros; o incluso en la angostura de la judería regresando por el camino de la catedral, como fue en el a3o jubilar. Pero las certezas de la Caridad del Jueves Santo estarán siempre encerradas en el sendero de naranjos que conduce a San Francisco. Mas allà del barrio, s3lo un prop3sito vence el trámite obligado del itinerario: proclamarla a Córdoba que hay una muerte dulce de Cristo, por cuya contemplaci3n la Cofradía lleva siete d3cadas y media ofreciendo su capilla efímera, su oratorio fugaz para la adoraci3n perpetua y universal de las cinco llagas.

Por eso el Pregonero, Se3or, como aquella otra vez en víspera de Semana Santa, vuelve a traerte su plegaria sencilla, siempre viva y siempre emocionada:

Aquí está mi voz rendida,  
presta, Se3or, a adorarte  
en tu sangre florecida,  
a contemplar tus heridas,  
y por ellas abrazarte.  
Vengo, Se3or, a ofrecerte  
mi oraci3n fiel y devota,  
velando tu cuerpo inerte,  
que en cinco pu3ales brota  
y en cinco llagas se vierte.  
Ante tu llaga primera,  
mano diestra que rebosa,  
traigo mi alma prisionera  
a besar tu sangre entera  
sobre tu piel amorosa.  
De tu segundo dolor,  
precioso en tu palma izquierda,  
hazme tu esclavo, Se3or,  
y hazme fuerza con tu amor  
no dejando que me pierda.



**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Puñal tercero en mi pecho,  
donde tu cuerpo reposa,  
y sobre el madero estrecho,  
tu llaga del pie derecho  
desangrada y primorosa.  
Cuanta flor enrojecida,  
brecha abierta del pie izquierdo  
y en mi mente adormecida  
despierta un niño a la vida  
sus rojinegros recuerdos.  
Y ante la quinta he postrado  
mi lanzada a la deriva.  
Señor, que tanto me has dado,  
vuelve a abrir en tu costado  
mi manantial de agua viva.  
Señor, no tengo revés,  
cuanto soy está en tus manos,  
en tu costado, en tus pies,  
no permitas que después  
te aleje mi andar humano;  
que al ir a tu lado a verte,  
ante tu cruz compañera,  
me enamoré de tu muerte,  
y en mi alma nacieron fuertes  
cinco llagas por bandera.  
Si al venerar tus heridas  
te ofreciste en humildad,  
muéstrame tu Majestad  
cuando se apague mi vida  
e ilumina mi partida,  
Señor de la Caridad.

## 5. LAS ESTAMPAS FAMILIARES

Ciertamente, la memoria es lo que da sentido a nuestra vida; somos nuestra memoria, lo que recordamos de nosotros mismos. En este año de la gracia que recién inauguramos, veréis a al Cofradía hundir su mirada en la memoria de sus orígenes, en el testimonio de su significación benéfica en Córdoba, en los avatares que convirtieron al Hospital en Museo, en fábrica y la escuela de nuestras Sagradas Imágenes, en el renacimiento devocional que desde hoy conmemoramos, en el trayecto fraterno recorrido con los caballeros del Tercio, en el acervo acumulado en esta Historia reciente, en la hondura de la caridad como virtud de vida. Pasarán solo unos días hasta que un



**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Vía Crucis de otoño lleve al Señor a desandar hasta el Museo el camino que lo trajo a la Parroquia hace apenas dos siglos, alimentando asó la memoria del origen hospitalario que fuimos y actualizando el espíritu de Caridad que siempre deberemos tener.

Porque si la memoria nos ayuda a evocar el pasado, sólo es útil si permite preparar el futuro, y el futuro está aún por amasarse en nuestras manos. Preparamos ese futuro colectivo sin amarrarnos a la nostalgia. Evocad esa memoria vosotros mismos en el álbum de vuestras estampas familiares, testigos de la devoción vivida en lo íntimo, como prueba indeleble del alma enriquecida, y alimentad con ellas vuestra fidelidad al Crucificado ofreciéndole en este año una promesa de emociones por estrenar.

El Pregonero también guarda su puñado de recuerdos, y en ellos, Señor, está marcado a fuego el trazo de tu luz. De todas mis estampas, tengo reservado el mayo cariño a una fotografía furtiva que te robé el Viernes Santo de hace unos años, recién colocada tu Imagen en la capilla del Pilar tras el Vía Crucis, le pedí a mi hijo mayor que se acercase bien a tu derecha, en ese hueco impenetrable entre tu Madre y Tú; apenas a un palmo de tu rostro el niño te miraba, en la justa perspectiva en que tus labios entreabiertos dibujan el favor de una plegaria conversada. Desde entonces me he descubierto a menudo contemplando esa estampa, porque en ella me veo reflejado a mí mismo susurrándote tantas veces mis confidencias de andar por casa; gozando esos momentos únicos, casi instantes, de gloria fugitiva en que te tuve a mi alcance en la intimidad de la Cofradía disponiendo tu Imagen sobre unas bancas de trámite en un traslado para el quinario, o depositándote sobre la cruz el jueves de pasión en la preparación del Jueves Santo. Esa estampa encierra el espacio preciso en el que se repliegan secretos del alma que sólo Tú y yo conocemos, diálogos consumidos por la resonancia del silencio, palabras colgadas de Ti a mí, latiendo a flor de corazón, hablando casi siempre de mis cosas intrascendentes, que siempre te fueron tan principales. En ese hueco de tu costado, en ese lugar que siempre me será tan preferido, imagino hoy el estrado desde el que escuchas el torrente de plegarias de cuantos te invocamos, desde el que impartes la eterna bendición con que sostienes nuestras inquietudes de nuestro olvido; recompensando con perdones tantas ingratitudes de lejanía; irradiando tu paz luminosa sobre nuestras tinieblas; otorgando tu justicia del cielo por uno, la de un centenar de gracias por una sola pesadumbre.

En ese hueco de tu costado, Señor, está la tierra santa de mi devoción; a él solo camina mi peregrinación buscando a tu lado cobijo de mis flaquezas y bálsamo a mis heridas. En ese hueco anidan mis certezas, porque en él sostienes el cántaro que sacia mi sequedad y el cofre que custodia mi fortuna. Por eso,

Guárdame el sitio, Señor,  
junto al tu cuerpo sagrado,  
dájame quedarme siempre  
refugiado en tu costado.



**REAL HERMANDAD Y COFRADIA DEL SEÑOR DE LA CARIDAD**

Compás de San Francisco, 4 – Bajo

14003 CORDOBA.

Telf. 957 – 47 67 05

Y escuchar en mis adentros  
el silencio de tus labios,  
y sentir sobre mis hombros  
la dulzura de tus manos,  
y besar con mi mirada  
las heridas de tus calvos,  
y palparte las espinas  
de tanto amor consumado.  
Porque sin yo merecerte  
hasta mí te has derramado,  
siempre has estado tan cerca,  
estando yo tan lejano,  
que sin pedirlo me he visto  
tantas veces perdonado.  
Por eso sé que mis días,  
y el destino de mis pasos,  
y mi lugar verdadero  
están sólo entre tus brazos.  
Y así dormir de esta vida  
para encontrarte a mi lado.  
Guárdame el sitio, Señor,  
abrazado a tu costado.

He dicho.

Antonio Javier Guillaume Sepúlveda